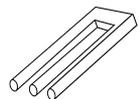


*19*

**RELATOS (1)**  
**ALBERTO DILGER**



**circa**

/ 2020





Alberto describió la noche en que vio a Susana desnuda de dos maneras. En una los sonidos se recogen en algunos colores, en otra, Alberto tiende a cerrar todo en un círculo, componiendo las imágenes de su relato con una fórmula mágica, un ojo avizor por encima de todo y por donde se fugan las líneas que ordenan el pequeño jardín de la casa de Susana. En esta historia Alberto respondió a un impulso que lo obligó ir hacia la ventana de su recámara. La noche se proyectaba en el árbol como una sombra encima de otra que el vidrio de la ventana confundía pero que no hacía desaparecer. El árbol estaba ahí y Alberto sabía que se formaba por una serie infinita de pequeños puntos visibles en una fotografía. Esta impresión se dilataba y se movía hacia una zona más clara donde se adivinaba una mesa. El contraste entre la mesa y el árbol provocaba una cierta fascinación en Alberto que observaba las dos siluetas convencido de que la esfera de puntos negros y el cubo de puntos blancos lo habían empujado esa noche hacia la ventana.

La otra historia empieza de distinta manera. El sueño había abierto un agujero por el que pasaba el chillido de una guitarra. Esta vez no había líneas que marcaran las esquinas; todo se producía por arriba de la piel en donde el calor era el dedo que rasgaba la cuerda. El calor había llevado a Alberto hasta la ventana y de allí contempló el árbol del jardín de Susana, tal como lo dice en la primera historia. Los dos relatos coinciden en este punto con una asombrosa precisión. Tanto el calor como el árbol aparecen en una y en otra, y con ellos Alberto ha construido las historias de la misma manera como el vidente interpreta las cartas del Tarot a partir de las dos primeras cartas tiradas a la suerte. Alberto siempre ha creído que lo que sucedió aquella noche fue gracias a esta secreta combinación tirada por una mano invisible. La relación que se había establecido esa noche entre el calor y el árbol no podía sino articular la primera frase de un relato que el lector confirmaría a lo largo de la lectura. Una pieza que reclamaría otra. La suerte estaba echada y entre el calor y el árbol se extendía un gran círculo amarillo con tazas y un sombrero con otro sombrero encima.

A Elena le hubiera bastado saber que su hermano sorprendió a Susana desnuda en el jardín para imaginarse el árbol y acordarse del calor que hizo esa noche. Le molestaba, sin embargo, la manera como Alberto reducía la noche en una serie infinita de puntos con que se forman los objetos. Quizás hubiera preferido el principio de

la primera historia en donde todo queda desordenado y alrededor de algunos colores. Ella recordaría más tarde esta historia como un conjunto de cajas que ponía una dentro de otra, y a pesar del cariño que la unía con ella, nunca se atrevió a confesarle que su hermano la había sorprendido desnuda. Su amistad les había permitido tener secretos aunque, al mismo tiempo, se habían prometido confesarse todo. Esta vez no era simplemente un secreto sino una imagen reflejada en un espejo en donde las líneas que ordenan el jardín desaparecen detrás del paisaje por donde se asoman las siluetas del árbol y de la mesa. Dentro de este pequeño círculo no hay lugar para la figura de Susana acostada y desnuda. Veía el patio rodeado de corredores y en la esquina la escalera que subía hasta la habitación de Susana, pero ahí donde se supone que podía estar su cuerpo había un espacio en blanco.

La relación que existía entre los dos hermanos no permitía llenar este espacio. Siempre había sido así desde que eran niños, como cuando jugaban a recordar lo que habían hecho el mismo día el año pasado. Lograban reconstruir las sensaciones pero no se ponían de acuerdo en lo que realmente había sucedido. A Alberto, por ejemplo, se le aparecía una imagen, como de una película, una imagen precisa y en color. Ella, en cambio, recordaba una serie de palabras aisladas y sin sentido. Las palabras y las imágenes que Alberto recordaba le provocaba una sensación de vacío que no podía controlar y sentía que todo transcurría por encima de una red por donde se escapan muchas cosas. Lo que podía retener era tan poco que se sentía desprotegida por lo poco que podía recuperar. Cada vez era lo mismo. Sus sensaciones eran tan diferentes que aun admitiendo que fueran de un mismo día, no eran sino un pequeño pedazo de lo que ambicionaba encontrar. El juego la descorazonaba pero a Alberto le gustaba sentir cómo las imágenes que de repente venían a sus ojos -como la imagen de un tren que corre a través de un campo dorado- eran tan ligeras y frágiles que lo obligaban a cerrar sus ojos para no perderlas.

Alberto sabía que el tiempo era un viejo de barbas blancas que despiadadamente se llevaba todo lo que se le antojaba, pero que de todos modos permanecían ciertas imágenes con las que podía seguir viviendo. A ella, en cambio, el tiempo le había arrebatado todo y, si no fuera porque su hermano le había hecho sentir que el olvido depende más de una voluntad extraña que así lo ha decide, se habría sentido culpable. En esos momentos iba en su

ayuda y con sus manos deshacía la red en la que se encontraba atrapada. Eso no era lo que más le dolía. El vacío que quedaba entre las imágenes que Alberto recordaba y las pocas palabras que podía recordar no la llevaban a ningún lado. Las imágenes describían los miedos e ilusiones que compartía con su hermano pero todo lo que llegaba a sentir era una especie de ambición y de envidia de reconocer una historia que Alberto veía salir de un mundo desconocido.

Eran estas experiencias que la habían convencido que Alberto tenía un mundo espiritual distinto a todos los demás. Las imágenes le hablaban y estaba obligada a aceptar que tenía acceso a una ley divina y secreta. Por esa razón cuando le confesó que había visto a Susana desnuda buscó en sus ojos una señal que le revelara más de esa noche. Era absurdo, pero reconoció en ese momento en su hermano un estado de gracia que le permitía ver aquello que los demás no ven.

Susana nunca supo que Alberto la había visto esa noche. No sabía y no se lo pudo imaginar porque para ella lo que uno puede imaginar está reservado para un determinado tiempo, para una concha y una tortuga o para una flecha en el aire y la sangre de la herida, en todo caso para un tiempo imperceptible durante el día. Quería a Alberto e imaginar que la había visto desnuda le quitaría todo lo puro que podía haber en el amor. Lo quería pero él no sabía. No había sido capaz de decírselo. Prefería el silencio y esperar hasta que descubriera que el corazón es una luz roja que ilumina el cuerpo. Al principio, era un amor infantil que aparecía y desaparecía, pero desde hace algunas semanas había tomado una forma concreta: los dibujos que Alberto le había regalado. Eran pequeños retratos en un papel gris y delgado donde apenas se veía, trazado con un fino lápiz, un torso desnudo, casi siempre de perfil y con los ojos cerrados. Era ella aunque la boca del dibujo era mucho más pequeña. La cara tenía siempre la forma de una media luna inclinada en el centro de la hoja y la nariz era un triángulo formado por tres puntos, una constelación que entre todas las estrellas Alberto había reconocido como un signo en el cielo.

El amor que sentía por Alberto le producía dolor y miedo. Dolor porque el amor era capaz de desatar las cuerdas que la tienen unida a las cosas y miedo porque el amor está guardado en una caja prohibida que si la destapa puede olvidar cómo mover las manos al hablar. Para una muchacha tímida como ella, el no poder mover las manos representaba quedarse con la mitad del cuerpo, la parte más desconocida y la más inútil. No le gustaba hablar, prefería moverse y sentir que el cuerpo respondía mejor a lo que las palabras no podían. Esa noche, acostada, creyó que el amor por Alberto la iba a transformar en un alacrán durante el sueño. Como un alacrán —pensaba— que con la cola quiere deshacer lo que con el alma no puede.

Susana conoció a Alberto por su hermana. Nunca se imaginó que su vida iba a cambiar. Elena pensó que que podían ser gemelos, lo que le entusiasmaba a Susana, no tanto por su gran parecido sino porque siempre había creído que dos mitades están divididas por el color. Pensó que se hubiera enamorado de Alberto de cualquier manera y reconoció que desde la tarde en que se encontró con él, sintió una atracción que no había sentido y que la sorprendió. ¿De qué forma permanece la imagen de alguien que queremos? Susana no sabía pero creyó que Elena quería que se enamorara para compartir algo que no había querido compartir nunca. ¿Era posible que Alberto no estuviera enterado de los planes de su hermana? Por una parte, creyó que Elena no le hubiera pedido algo que no estuviera segura que podía suceder y, por otra, pensó que Alberto le pudo haber insinuado a Elena que le gustaba. Lo poco que sabía de Alberto había sido gracias a ella, en realidad no era mucho más de lo que ella se podía imaginar que avanzaba en línea recta que la aliviaba de la soledad. No se trataba de estar inventando alguna historia. Había descubierto que el deseo es algo más complejo que una manera de tratar de definir lo que necesitamos o lo que tenemos. Es inventarse y contarse historias para soportar mejor la historia que se vive. Susana no sabía cuando oyó hablar por primera vez de Alberto, pero le gustaba pensar que había sido en su casa. Cuando Elena entró sin saber porqué o ¿fue acaso Elena la que la empujó a que entrara? Mucho más tarde se imaginó que eso hubiera podido suceder. Junto a la ventana había una escalera exterior que bajaba hacia un pequeño jardín, vio una serie de dibujos a lápiz como si los hubieran hecho con el propósito de que los viera. No sabía ya si había visto primero los dibujos y se había imaginado a Alberto o si cuando vio los dibujos recogió inmediatamente que eran de Alberto. Elena le confió que Alberto dibujaba con la intención de apoderarse de algo, como si fuera lo mismo ver y pensar como si no fuera posible pensar y pensar fuera como caminar alrededor de un objeto o como si tuviera que pensar. Alberto puede dejar de pensar, pero no puede dejar de ver. Elena interpretaba a Alberto y se le podía ocurrir.... Le extrañaba que Elena la asociara con Alberto y la hacía sentir que estaba obligada a enamorarse, como si no dependiera de ella enamorarse o no y ¿qué pensaba Alberto? El deseo corresponde con los pensamientos que al principio se nos ocurren como si tratan de ocultar el verdadero sentido de lo que deseamos. Era como si Elena se hubiera

propuesto que Susana no pensara en otra cosa, como si la tuviera hechizada, pero en realidad, como poco tiempo después Susana se convenció, era de que Alberto quería que se enamorara de aquel a quien ella se hubiera enamorado si pudiera. La había visto desnuda y que no le importaba. No podía asegurar nada, pero a veces Elena se comportaba como si hubiera sido testigo de algún delito y que había preferido callar. Era como si también ella fuera culpable. Elena no sentía que hubiera tenido que desnudarse para desencadenar la historia. Tenía una sensación efímera o imperceptible de las cosas que le resultaba imposible imaginar que ella podía formar parte de esa historia o ¿no son todas las historias el resultado de un mal entendido? Algunos días después de esa noche, Susana fue a la casa de Elena y vio una serie de cartas dirigidas a Alberto en las que describía la manera como se enamoraba de él y le confesaba algunos detalles que sólo ella podía saber.

Esa noche Susana soñó con un pasillo largo y oscuro en donde Elena tendía un mantel en el piso y sigilosamente colocaba diecisiete veces siete estrellas. De pronto, Alberto bajaba por una enorme escalera y le decía irritado que esa no era la forma como estaba compuesto el cielo. Luego desaparecía y Elena recomenzaba inútilmente a colocar las estrellas. La escena duró toda la noche y a la mañana siguiente Susana se sintió abandonada como en el pasillo subterráneo, negro y vacío. Lo que más le inquietó fue que ella no participaba del sueño. Sabía que la relación entre los dos hermanos iba más allá de la complicidad del sueño que había tenido. Cuando estaban juntos sentía que era echada a un lado por una fuerza extraña que no llegaba a entender pero que con la forma de dos angelitos la llevaba de los hombros hasta una habitación aparte y desde ahí se comunicaba con ellos. Como en el sueño —se decía a sí misma— y veía venir a los hermanos y cerraba los ojos. Cada vez que eso sucedía, necesitaba que algo o alguien la ayudara a regresar a donde Elena y Alberto se encontraban. Al principio Susana se apoyó en la sinceridad de Elena y en la esperanza de que la vida de repente la puede hacer cambiar, pero pronto se dio cuenta de que para Elena hay cosas que no conviene decir y que entre lo que siente y lo que se atreve a decir se levanta una enorme escalera que no llega a ninguna parte.

A ella le importaban menos los sueños que a Elena. Se le hacía imposible aceptar que aquello que no tiene continuidad y que está formado por pequeños fragmentos de sensaciones, colores y sonidos tuviera algún significado. A lado de este malestar que le provocaba la realidad dividida de esa manera, no creía que los sueños anticiparan lo que puede suceder durante el día. Son simplemente repeticiones de lo que ha hecho. Repeticiones o copias distorsionadas de los pedazos que componen el día y que le dejan la sensación de que las cosas son menos grandes que como las ha soñado.

Sólo una vez había creído en los sueños. Esa noche al acostarse tuvo la sensación de que algo iba a suceder. Era tarde y estaba muy cansada para darse cuenta que la noche tiene la forma de una mano que le cierra los ojos y que, en medio de esta oscuridad, lo único que alcanza a ver son unas pequeñas luces que se confunden con caballitos de mar. En un sitio así —en un sitio porque el sueño es sobre todo un lugar apartado en donde el tiempo es imperceptible— experimentó por primera vez las tres formas como el alma se

desprende del cuerpo. La primera y la más rápida se produce por un movimiento brusco; la segunda supone una extraña sincronización de las estrellas con el cuerpo y sucede cada noche a una hora precisa; y la tercera consiste en un movimiento que no depende de nadie. Cuando el alma se separa del cuerpo, todo lo que la rodea pierde su peso y se precipita suavemente a su costado. Entonces, el lado izquierdo queda totalmente vacío mientras que en el otro las cosas quedan flotando y empiezan a girar. De pronto se detienen, y después de un tiempo giran de nuevo. En este momento las dos partes se separan. El lado derecho permanece dando vueltas hasta que el alma desciende por el lado izquierdo poco a poco. Sin dejar de bajar, el sueño crece como dos enormes árboles de los cuales las hojas del primero son idénticas a las hojas invisibles que crecen en el otro lado.

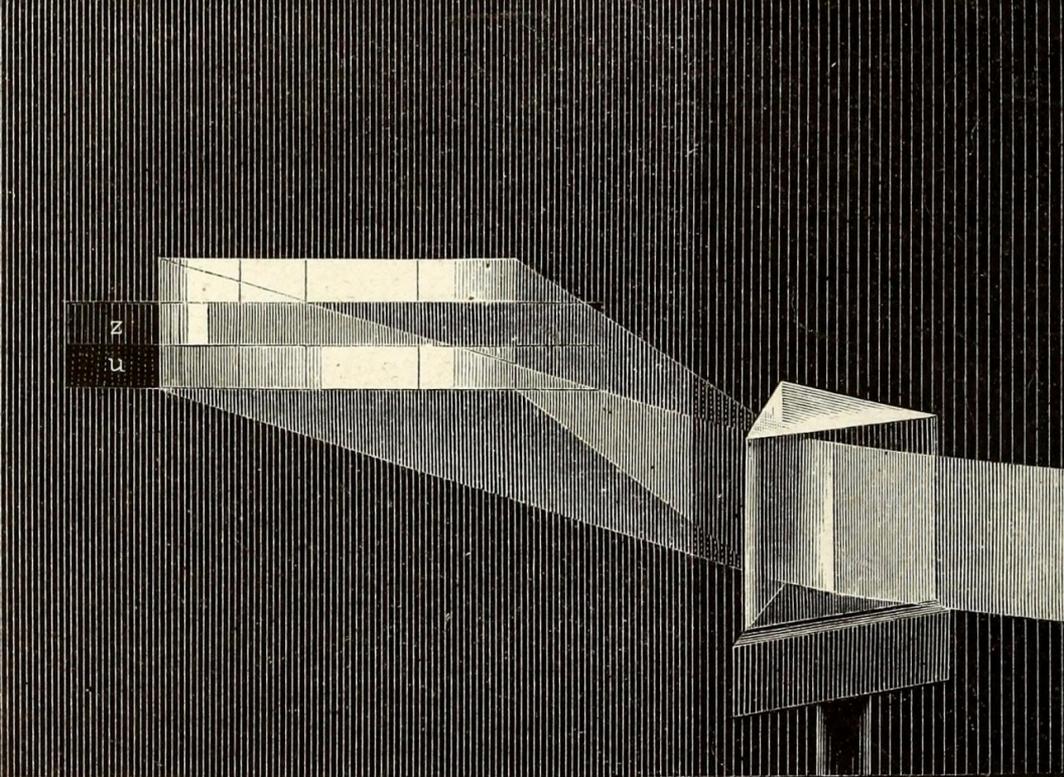
Susana había bajado esa noche por este sueño. En cada uno de los niveles escuchó una serie de palabras cuyo sentido comprendió más tarde y, en una confusión de emoción y tristeza, lloró todo el día. Nunca le reveló a nadie lo que había soñado y guardó su secreto en el lugar más apartado que pudo encontrar.

Salió de la casa. Caminó sin fijarse en las huellas que habían dejado los hombres vestidos de azul. No sabía que la noche era la enemiga de los hombres y que caminar en medio de la noche era un ejercicio que estaba obligada a hacer. Se acordó de Elena y Alberto. Ya era de noche y las luces se veían a ras del agua. Lo que sucedió después muy bien lo pudo haber soñado. De cualquier manera creyó que por esa razón sentía un insoportable calor. Llovía y en vano esperó a que el color azul ordenara de nuevo las cosas. Se dirigió rumbo a su casa. Lo iba a esperar fuera necesario. Había decidido confesarle que lo amaba. Caminaba recordando su cara cuando una delgada lluvia empezó a deshacer las cosas. Creyó que la eternidad podía ser de esa manera y que el mundo se divide y se reproduce en un número infinito que desaparece detrás de una cortina que puede bajar en cualquier momento. La lluvia caía como un enorme candil haciéndose añicos y Susana no supo qué hacer. La paralizó la idea de un mundo dividido y reproducido en esa proporción y el miedo de que la cortina bajara en ese momento. La tarde se llenó de pequeños pedazos de vidrios rotos que le impidieron moverse y, en medio de esa soledad, la voz de Alberto abrió un hueco por donde alcanzó a oír que la llamaba dulcemente.

Esa noche Elena le dijo a Susana que había visto un milagro. Aunque las cosas habían pasado demasiado rápido, por primera vez creyó que el tiempo puede repetirse. Alberto era el culpable de todo, pero sin él ella quedaría completamente desprotegida. Todavía no se daba cuenta de la fuerza con que Alberto la necesitaba. Ella era la única que podía evitar las contradicciones entre la impaciencia de Elena y la manera como su hermano se afligía al no poderla ayudar. Hacía que las cosas se adelantaran al abrir y cerrar un tiempo y le había demostrado que tenía una facilidad natural para repetir y reproducir en el día lo que ha pasado en la noche. Alberto no quería que Susana se sintiera culpable de nada. Sin embargo, después de haberla vista desnuda era muy poco lo que podía hacer. Entonces Susana buscaba sujetarse a los recuerdos de cuando era niña y no sentía ningún remordimiento de la relación que había aparecido entre ellos.

Susana, al regresar a su casa, encontró debajo de su almohada otro dibujo de Alberto. Estaba cansada de sus insinuaciones pero le pedía que permaneciera a su lado. Abrió el papel y no pudo dejar de sonreír al ver un círculo lleno de pequeñas líneas con otro pequeño círculo adentro. El dibujo era distinto a los demás pero reconoció de inmediato la intención que tenía. Su presencia se había hecho más intensa por lo que claramente vio los ojos de Alberto que salían del papel para observarlo todo. Era ella que estaba acostada desnuda a lado de la sombra que estaban punto de caerle encima.









Mientras veía su cuerpo, Susana pensó que Alberto no se había equivocado. Los dibujos eran una manera de aproximarse sin tocarse. Vio cómo sus piernas se veían mucho más largas cuando estaba desnuda y se veían todavía más largas acostada, como cuando Alberto la vio esa noche. En silencio bajó por la escalera hasta el jardín y escuchó un chorro de agua que caía de la casa de Alberto. El cielo a esa hora era una mezcla de blanco, azul y gris, y un poco más tarde se añadieron otros colores. Era ahí donde oía que los barcos cruzaban los arrecifes hasta llegar al muelle. El jardín daba sobre una calle sombría, estrecha y silenciosa. Estaba cansada de las imágenes, del principio que una imagen puede sustituir a otra. Tal vez por ello bajó al jardín para deshacer el hechizo, pero no pudo. Nunca llegó a comprender que Alberto la dibujaba con el único propósito de alejarse de la realidad. Se dejó caer en el pasto. Encima estaban las estrellas. En ese momento era lo único que veía o era lo único que era capaz de ver. Ahí no había ninguna forma dibujada, ni era cierto que animales, hombres o cosas cruzaran el cielo, ni que su vida estuviera marcada en ellas. Se sentía sola y quería olvidar a Alberto pero no pudo. Hacía tiempo que sentía un enorme cariño por él y esa noche se convenció que lo amaba. Se abrió la blusa. Sus pechos se asomaron y luego en un movimiento brusco se levantó la falda. Aquella noche deseó que la imagen de su cuerpo fuera la alianza imposible entre el cielo y la tierra

En la tarde, después de la lluvia, el sol desenrolló una lámina muy delgada en donde caían las sombras. El cuerpo de Elena era un pedazo de tierra en un lugar desconocido mientras que la sombra de Alberto no podía separarse de su cuerpo. Era hora de regresar a casa y Alberto y Elena caminaron en silencio. Elena esperó a que su hermano le preguntara por Susana, pero en ese momento Alberto estaba en otra parte, en un sitio en donde los que logran llegar han tenido que deshacerse de todo. Elena se dio cuenta de lo poco que compartía con él. De pronto, Alberto le hizo la parada a un autobús y se subió. Elena lo siguió sin saber por qué. El autobús estaba vacío y se sentaron en la parte de atrás. Elena le iba a preguntar adónde se dirigían, pero Alberto se adelantó y le dijo que no se preocupara, que deseaba enseñarle algo que seguramente le iba a interesar. Unos minutos más tarde, la lámina tirada por el sol había desaparecido detrás de una sombra completa que los rumores perseguían. Elena recordó que a esa hora, en medio de la niebla, los barcos iban encontrando difícilmente el camino entre los arrecifes. El mar en la noche es más azul —pensó— y el mundo es un círculo verde tan pequeño como un corazón en donde los ángeles y los diablos bailan alrededor de unos árboles rojos destrozados. Alberto la había hecho sentirse culpable y se sonrojaba con este tipo de pensamientos, pero en ese momento no podía evitar pensar en cómo se mueven los cuerpos cuando los alcanzan los rumores. Era tarde para arrepentirse.

El autobús se detuvo y subió una mujer que cargaba un gran bulto. Su cara no era tan larga como parecía a simple vista. Había algo en ella que sorprendió a Elena, su peinado o su forma de caminar viendo el piso. Trabajosamente se dirigió hasta los hermanos y se sentó en el lugar de enfrente. Elena no pudo dejar de observarla. La mujer con su largo pelo rojo movía su cabeza como si fuera aceptando silenciosamente la conversación de alguien, y de vez en cuando, murmuraba algunas frases que Elena no llegó a comprender. La ciudad estaba vacía y el autobús corría por las calles sin detenerse. La noche se estaba asomando demasiado por las ventanas y había roto el equilibrio entre los árboles de la calle y la sensación de soledad de Elena. Al pasar por los muelles, Elena oyó que la mujer cantaba una canción. Había empezado un juego en el que todo se había movido a la parte más oscura en donde una pequeña mano revolvía el agua de un pozo. Desde ahí creyó que los rumores iban a desaparecer y que encontraría la tranquilidad y

la confianza para hablar con Alberto. Pero por un movimiento que hizo sin darse cuenta, perdió el juego y la mitad de lo que había ganado hasta entonces. Estaba en desventaja, había llegado hasta ese sitio pero estaba en desventaja. La historia se repetía y estaba descorazonada; no podía moverse y, sin haber olvidado nada de lo que había sucedido en la mañana, no creyó que lo que estaba sucediendo tuviera algo que ver con lo que había pensado o dicho. No todo está perdido —pensó— aún me queda la posibilidad de comenzar de nuevo y ahora puedo avanzar más rápido. Las flechas así lo indicaban. El autobús se acercó al muelle y la noche y el mar se confundieron en una misma cosa. Elena escuchó el lamento de la mujer abandonada, un murmullo triste que sentía como suyo y se imaginó que podía vivir una historia parecida muy pronto. Quiso consolarla, acariciarle el pelo y abrazarla, pero no lo hizo porque sabía que el dolor no se puede compartir.

La pequeña mancha roja en su brazo era la única arma para vencer las tentaciones. Se había acostumbrado al dolor porque creía que era la única forma que podía llegar a recordar la manera como cada noche abría la misma puerta y se paseaba por esos caminos elevados desde donde llegaba a ver casi todo. Ahí respiraba un aire puro que luego expulsaba al hablar. El camino que recorre llega hasta la orilla del mar desde donde se alcanzan a ver las luces de las embarcaciones que la marea mueve de un lado a otro. Elena desde ahí ha visto cómo crece el mar. Su cuerpo está húmedo y se le pegan las cosas. Hace un gran esfuerzo para no desesperarse y llenar y vaciar el pozo de donde bebe. Pero cuando crece le mar, los sonidos disminuyen en la misma proporción, se doblan las rodillas y, si todavía se tiene fuerzas, se puede fijar la mirada en las pocas cosas que quedan inmóviles.

El autobús corría por un camino igual desde donde Elena veía que entraban las embarcaciones. El mar era menos azul desde el camino que recorría antes de dormirse. La tierra y el mar se iluminaron de rojo y azul con una luz que no había sido usada y Elena pudo ver que, la parte más oscura de donde se veían las pequeñas luces, se deslizaba hasta los rectángulos y círculos en los que se detiene la parte más alta. De en medio salían unos rayos de una mancha todavía más oscura y esperó a que su hermano moviera la primera pieza. Recordó que Alberto había descrito la noche en que vio a Susana de dos maneras por lo que podría conducirla a algún lugar en donde recordaría sólo aquello que la

hiciera más fuerte. La había obligado a subir por ese camino y ella no podía regresar sola. Fue entonces cuando Alberto rompió el hechizo al ponerse entre le rumor que se había retirado y las palabras que Elena reconocía como suyas. El camino era el único refugio donde podía esconderse. Había buscado algo que estaba a punto de encontrar y no iba a dejar que nada ni nadie la detuvieran. Se habían interrumpido tantas cosas que un paso en falso la precipitaría de nuevo a donde se oyen los murmullos. Los círculos y los rectángulos habían desaparecido así como la oscuridad que silenciosamente había entrado por las ventanas y que la había separado de los demás. Los cuerpos que dominaron la noche se encogieron; sólo los ojos quisieron seguir volteando para alcanzar lo que el recuerdo había perdido. Era cuestión de grados que lo que falta en uno se puede encontrar en el siguiente y así subir hasta el camino que conduce de regreso.

Elena era la única que tenía prohibido permanecer ahí. Su herida ya no le servía para nada y Alberto, que con el sólo hecho de estar a su lado hacía que las cosas le hicieran menos daño, no quiso subir con ella para que de una vez por todas apagara el fuego que comenzaba a extenderse. Era un fuego interior que la consumía y que le producía, en ese momento se dio cuenta, ese calor insoportable. No había otra forma de apagarlo, su cara y su espalda ardían con las pequeñas llamas encendidas por el deseo de terminar con el miedo de quedarse sola. El fuego era la única esperanza para que las embarcaciones que van a la deriva puedan llegar a tierra. Pero Elena más que nadie estaba perdida y sabía que las cosas no podían cambiar.

La noche absorbió las pocas luces que quedaban y los murmullos que venían del mar llegaron hasta ella como si alguien los hubiera llamado. Los murmullos y la lluvia se oyen de otro modo en la oscuridad porque obedecen a una voz extraña.

A esa hora pensó que los barcos ya habían llegado al muelle y que de ahí en adelante se iniciaría un nuevo ciclo. Quiso recortar las pocas figuras que todavía se alcanzaban a ver y quedarse con alguna porque sabía que al otro día no quedaría nada. Estaba cansada de esperar y decidió adelantarse, llegar antes que todos, recoger lo que había quedado y salir por la puerta que había dejado abierta. Pero antes de que pudiera hacer cualquier movimiento, la mujer de cabellos rojos dejó de cantar. Me ha estado esperando —pensó— y ahora tengo que obedecerla en todo.

El autobús se detuvo y subió un marinero con una imagen de la reina de las sirenas tatuada en su brazo. Se dirigió hacia Elena y se sentó a su lado. Por la ventana veía los árboles que los demás no veían. Elena sintió que empezaron a desanudarse los listones negros que la ataban. Cada quien se tomó de donde pudo y Alberto sonrió permitiendo así que la luz del amanecer sigilosamente empezara a tocar las cosas. Entonces la Novia del Viento se levantó de su lugar y Elena se dio cuenta de que el amor que se le puede tener a alguien no es el que hace que los amantes se acerquen. Lo que depende del amor es tan poco que es inútil creer que los recuerdos se componen únicamente de las penas que no quisiera admitir. Hay también temores y miedos que no la dejan dormir y que de día hacen que un rostro se convierta en otro rostro. La mujer de cabellos rojos se le apareció a Elena como una reina vestida de hojas verdes y con una corona de oro. No pudo dejar de mirarla y la Novia del Viento se volteó hacia ella y le dijo: Elena, ven a buscarme. Estoy sentada en una pradera de esmeraldas y el camino que conduce hacia mí es de tres colores: rojo, azul y amarillo. Después de una pausa añadió: Soy la Novia del Viento, ven a buscarme.

El autobús era un túnel en donde se abrió otro túnel más largo y menos oscuro por el que la Novia del Viento llegó hasta donde estaba sentado el marinero. Entre los grises, el verde de su cara era lo único que separaba el mar de la tierra, la división más grande que se podía hacer según Elena. Pero ahí adentro todo era más pequeño o, mejor aún, cada parte del cuerpo era igual a las cosas que iban desapareciendo. Elena se alegró y creyó que en adelante iba a recuperar algo de lo que había perdido. Había todavía una parte que permanecía oculta y que la mortificaba. La Novia del Viento entró en ese lugar desconocido donde la esperaba el marinero, lo abrazó y dejó caer su cuerpo sobre el suyo. Recostada descansó la cabeza sobre su pecho. El marinero sintió sobre su corazón la respiración de su amada y permaneció con los ojos fijos en el cielo. El sol dibujó una raya roja en el mar y se hizo un profundo silencio durante el cual Elena contempló a los enamorados hasta que el chillido de las gaviotas le indicó el camino de regreso. Entonces vio los barcos en el muelle y las gaviotas que volaban como cuando decimos adiós con las manos.

Elena sospechó que Alberto y Susana habían planeado todo. Pero pronto olvidó lo ocurrido, tal vez porque tuvo miedo o porque se convenció de que el principio y el fin de cualquier historia no depende de algo que pueda guardar por mucho tiempo. Hablar no conduce a nada y por ello había preferido guardar silencio. Era lo único que podía hacer porque no era tan paciente como su hermano para ir trazando línea por línea los rumores que la habían rodeado. Pero más que líneas, ella se imaginaba una cortina muy pesada que cubría las cosas que no podía contar. Veía el autobús y el cielo pero entre el rojo de la tierra y el azul del mar una larga cortina la había dejado de este lado esa mañana. Todo hubiera podido suceder ahí en medio de su habitación sin que nadie se hubiese dado cuenta. Fue por ello que no pudo dejar de pensar en el cuadro de Vermeer que tanto le gustaba. Ahí estaba ahora ella con una carta en las manos frente a una ventana abierta y la luz que entraba era la misma que la del cuadro de Vermeer. Pensó encontrar consuelo en las palabras de un ser querido o se imaginó que alguien apenas conocido le iba a preguntar por los detalles que nunca se había atrevido a decir. Pero no todo depende de la confianza que se le tiene a las personas. Había siempre un sentimiento de culpa que Elena nunca pudo definir y que la hacía llorar a solas todas las noches. De nada le había servido pedir perdón si caía siempre en lo mismo. Hubiera querido tener la paciencia de la mujer que leía frente a la ventana y poder leer las palabras que no alcanzaba a ver. Había que subir y asomarse por la ventana para convencerse de que nada era cierto. Afuera, había un enorme lago con un pabellón en medio con grandes columnas de una ciudad desaparecida. Elena se imaginaba que ese era el cielo y que la mujer que leía la carta era la única que lo había visto. Al principio no creyó que la carta dijera nada de lo que la mujer esperaba, pero su mirada le dio a entender que decía lo que había presentado. Era una mañana luminosa y las cosas empezaron a perder su peso. Su habitación se fue llenando de los restos de un naufragio. De todos modos era el lugar más seguro, en donde ni su hermano ni Susana irían a buscarla. Sacó del armario una hoja de papel y se dispuso a escribir la forma como su hermano le contó que había visto a Susana, pero el recuerdo de los colores y el triángulo escondido detrás de la escalera le detuvieron la mano. Sólo alcanzó a escribir el nombre de Alberto y abatida volteó hacia afuera. Elena había aprendido a respirar sin tener que voltear y a no dejarse llevar por falsas pruebas de amor.

Alberto despertó ese día después de haber soñado toda la noche. Le conmovía la fortaleza de su hermana, así como sus debilidades y tentaciones. Elena había encarnado en una mujer que no se detiene ante los acechos y se ha convencido que para perder el miedo hay que aceptar que en cualquier momento puede suceder lo peor. Alberto había esperado esta prueba desde hace mucho tiempo y ahora se sentía más seguro que las cosas iban a ocurrir. Al principio había esperado la oportunidad de hablar con ella pero se había cansado. De noche oía voces que murmuraban su nombre y poco a poco los murmullos fueron contando una historia que reconoció como suya.

Esto hubiera sido suficiente para Susana pero él buscaba algo más. El deseo era igual antes entre los dos pero para Alberto no bastaba pedir perdón porque las heridas no se cierran tan fácilmente. Había sufrido tanto como Elena y era muy pronto para que las cosas terminaran de esa manera. Susana no pensaba lo mismo. Si le había ocultado todo a Elena había sido porque tenía miedo de lastimarla. Susana no había dejado de pensar en todos los malentendidos que había entre ellas. Todo empezó hace más de diez años cuando todavía las dos estaban resignadas a que los corazones decidieran por ellas sin tener que ahuyentar a los enemigos con las espadas invisibles. Alberto le había escrito una carta sobre ese mismo corazón verde pidiéndole que tuviera paciencia y que conservara guardados en la caja los recuerdos que la podían herir. Era un mensaje a la deriva con la esperanza de que lo recibiera a tiempo. Le dibujó un corazón verde y esperó hasta el mediodía para ver si había una respuesta de su parte. Era mejor callar y esperar a que Susana decidiera por él. Susana no lo hizo esperar y cumplió con todo lo que Alberto le había pedido. Fue entonces cuando Elena escuchó el sonido del agua y alcanzó a ver a través de la ventana que Susana se frotaba desesperadamente las manos para quitarse las manchas verdes que le habían aparecido de repente. Elena había aceptado que las historias mal contadas no le pertenecen a nadie y que si la hacen sufrir es porque se siente incapaz de correr la cortina para tapar la luz azul de la mañana que viene a interrumpirlo todo. Las almas se habían separado de sus cuerpos y sentía sus pasos a su alrededor. Podría haber otra manera para dejar de soñar pero en ese momento no podía recoger las líneas para traer hasta donde estaba lo que necesitaba ya que su inocencia la había alejado de Alberto.

Nunca había estado tan cerca de él esa mañana en la que sin querer se había formado un triángulo que unía el cielo donde Alberto se encontraba y la tierra en donde ella se escondía avergonzada de no haber podido hacer todo por él. Esta era la razón que le había impedido escribir la historia de Alberto y le había quitado toda su inocencia y encanto. Era incapaz de escribir porque no se pueden contar historias desde este mundo en donde no se puede tocar. Desde la ventana recordaba lo que Alberto le había dicho de una manera tan trivial que le daba a la vez pena y tristeza porque había abierto la caja y las cosas se habían desordenado y, aunque estuviera viendo en ese momento el jardín de la casa de Susana, estaba convencida de que las cosas no habían sucedido como ella creía. Ya no sentía el placer prohibido que había sentido la primera vez. Se imaginó un ojo que desde arriba vigilaba a Alberto sin que se diera cuenta y que lo llevaba de la mano hasta donde todos lo reconocieran.

Elena hubiera podido terminar aquí esta historia, pero desesperada volvió a creer que nunca se puede saber lo que va a ocurrir y prefirió evitar el peligro de acercarse demasiado. Le había pedido a Alberto que la ayudara a alejarse y era todo lo que esperaba por lo que cuando recibió su carta sintió una enorme tranquilidad. Leyó la carta varias veces y sus ojos se llenaron de lágrimas al sentir la mano de un ángel sobre su hombro. Oía cómo las palabras de Alberto formaban en su interior un camino hacia un lugar desconocido. Quería a Alberto, estaba segura y ese día creyó por primera vez que Alberto sentía lo mismo por ella. Había atravesado los oscuros bosques hasta llegar a él pero había algo más en la carta que la alejaba de nuevo y que no quiso aceptar. Casi sin querer abrió la ventana y rompió la carta. Vio en el jardín a Alberto y quiso llamarle pero de pronto el viento cambió de rumbo y una nube cubrió su cara.

A Elena sólo le importaban a esa hora los ángeles que se asomaban por la ventana. Se había quedado ahí pacientemente para esperarlos porque en cualquier momento podría dejar de soñar y regresar a su cuerpo sin haber entendido nada. Tenía miedo de quedarse con un rostro de perfil apenas reconocible y unos pedazos de papel tirados. Había aprendido a estar acompañada y, en ese lugar tan retirado, sentía que las palabras no valen nada cuando se habla del amor. No había querido aceptarlo, pero tuvo que reconocer que sentía celos de Susana quien la alejaba poco a poco de

Alberto. El cielo era cada vez más azul y vio su cara reflejada en el vidrio. Se sintió débil comparada con ellos y lo único que la consoló fueron los puntos luminosos que salen de la luna.

Susana pensó que Alberto le había escrito la carta para suplicarle que no se fuera. Nunca había pensado irse, pero era necesario que se separaran por un tiempo. No era tanto que dudara de lo que sentía por Alberto sino el silencio en el que una y otra vez habían caído las cosas y la falta de esperanza de cumplir con las promesas. En medio de todo sintió un enorme alivio ver a Alberto sentado entre las columnas del jardín. Todo era posible menos unas ciertas palabras que hasta ahora ella no había querido decir. Tenía miedo porque había descubierto que el amor cambia unos sueños por otros y la obliga a recordar sólo algunas cosas. Esa noche le escribió una carta que nunca envió y humildemente rezó por él.

Elena se quedó mirando por la ventana hasta que se sintió aliviada y libre una vez más. Había traído a ese pequeño espacio demasiadas cosas y era necesario deshacerse cuanto antes de aquello que le estorbaba, pero primero tenía que esperar a que llegara el enorme pájaro negro para que le regresara lo que se había llevado. Era tiempo de despedirse de Susana pero estaba haciendo todo lo posible para evitarla. Le dio miedo de que todo terminara así, en medio de una tarde tan iluminada en la que las espadas invisibles se defendían de los alacranes que se esconden de los golpes del sol. Esta dulce y suave sensación no la pudo haber sentido antes porque todavía sentía por su hermano un deseo cubierto que aunque caminara a su alrededor no se había podido dar cuenta que era un camino que no llevaba a ninguna parte. Lo que había sucedido aquella noche tenía que ver con Susana pero las historias como las palabras que cuentan las historias no tienen ningún orden y después de la batalla sigue una ridícula escena de amor en la que los amantes se repiten una y otra vez lo mismo. No todo se podía sustituir por números y triángulos. Alberto lo sabía porque desde el cielo las cosas se ven de distinta manera. Por eso Elena insistía que la acompañara hasta donde descansaban los inocentes.

Elena había descubierto una gran virtud en ella. La consideraba una virtud porque estaba convencida de que era una realidad espiritual más que nada, una especie de inocencia y resignación frente a las cosas que se pueden cambiar. Hasta ahora esto la había tranquilizado y la había mantenido a salvo pero la cercanía de la muerte había deformado poco a poco todo lo que la rodeaba. Así al ver a Susana bajando la escalera desapareció el miedo que la había hecho huir y en su lugar volvió a sentir el mismo cariño de siempre. La abrazó y al besarla en la mejilla empezó a correr un tiempo que solitariamente iba a pasar y que se encimó a la tranquilidad de ese momento que nunca volvió a sentir.

Tres días más tarde, Elena recostada en su habitación vio entrar a su hermano con las manos en la espalda. De la calle se escuchaba el ruido confundido de unos niños y el golpe seco de un martillo. En la noche los perros se habían saltado la barda y en círculos estaban husmeando los rosales. Las cosas hubieran podido cambiar pero cuando su hermano entró, Elena tuvo que aceptar que ya era demasiado tarde. Había quedado todo detrás del cielo, ahí donde el agua, el fuego, la tierra y el aire se han separado definitivamente y de donde las palabras, amontonadas en el aire,

brillan y bajan cada día. Elena tuvo la sensación de haber estado frente al mar a lado de las doncellas coronadas de algas rojas y pardas hasta que Alberto, por encima del tiempo absoluto, la había despertado. Le parecía que la historia había empezado a tomar un tono ridículo que nadie podía evitar. Tal vez la santidad de su hermano era una tontería o una mentira que ya no sabía cómo ni quién había empezado. Quería voltear hacia atrás, pero había algo que le tapaba los ojos y que le impedía dormir. De pronto, vio que su cuerpo se levantaba e iba hasta la puerta. Los perros lentamente se echaron hacia atrás al ver su cuerpo verde. Veía desde su cama cómo su pecho y sus manos se alargaban y se encogían con un movimiento que alguien dirigía desde afuera rompiendo el silencio que ella misma había provocado. Alberto era dueño de todas las cosas inmateriales y era el único que tenía el poder de hacer esto. Las sombras se unieron a los triángulos y la imagen de la enorme boca abierta apareció de nuevo y de en medio de un semicírculo bajó la figura de Alberto. Su cara era roja como sus ojos, su nariz y su cuello. Nunca lo había visto tan hermoso; era su imagen pero no era él al mismo tiempo, ya que era un hombre de mayor edad. Tenía una barba de color rojo como sus cabellos y vestía una larga túnica que ondeaba con el viento. La visión la impresionó a tal grado que, aún ahora cuando se acuerda, le es imposible definir exactamente el color de su cara. Todo era irreal. Alberto se acercó hasta su cama. Entonces, la tomó de los brazos, la levantó y la miró silenciosamente. Elena tuvo que hacer un esfuerzo para soportar su mirada y el calor de sus manos. Era un sueño sin sentido que estaba pasando a través de otro sueño. En este segundo sueño su cuerpo abrió la puerta y vio a lo lejos una torre en lo alto de una colina. No pudo resistir la tentación y caminó hasta ella. La torre en aquel lugar era una torre, no una huella que hubiera dejado el sueño, o en dado caso, un sueño del que se hubiera despertado o que se hubiera acostumbrado a vivir con él. Había llegado hasta allí por el camino más corto entre este mundo que le había sido entregado y el mundo que había dejado sin darse cuenta. De este modo, caminando entre el fuego y la tierra, Elena llegó al pie de la torre y empezó a subir por la misma escalera por la que había visto bajar a Susana. Subir fue como olvidarse de todo.

La espalda de Susana ocupaba el centro de la habitación como un rectángulo que termina en una línea. Tenía los brazos doblados hacia adentro y las piernas estiradas y tiesas. Prefirió permanecer en esta posición aunque le resultaba imposible moverse. Sentía calor y abrió sus piernas y dobló las rodillas. No estaba segura de que Alberto la estuviera observando pero podía sentir su mirada en la espalda. Pensó que realmente los ojos mueven las cosas y que caen cuando uno las ve. Eso no importaba; acababa de escribir una carta en la que se despedía de Alberto. Pensaba que era lo mejor para ella. Se había consagrado a Alberto y su fuerza la había lastimado. Su alma era tan débil comparada a la suya que en cualquier momento podía sucumbir. Había hecho todo lo que le había pedido y no había recibido nada a cambio. Cada día estaba más desprotegida y le faltaba aire para poder seguir viviendo. Se sentía derrotada y su cuerpo se había rendido a cualquier provocación.

Alberto no sabía si estaba llorando. Vio que Susana caía lentamente por un precipicio y le estiró la mano para detenerla. En medio del dolor reconoció por primera vez su belleza, la fijeza de su cuerpo y de su alma como el principio de la eternidad. La amaba y no quería perderla, pero no estaba dispuesto a que el amor se convirtiera en una serie de palabras que se puedan decir. Prefería observar como su cuerpo se suspendía y se hacía más visible. Había descubierto que veía gracias a la luz que despiden las cosas y si la veía ahora, desnuda y acostada esperando a que el destino se decidiera finalmente, era como si dos ciegos se quisieran alcanzar únicamente por la voz. Susana no lo veía y tenía el poder de permanecer a su lado todo el tiempo que quisiera. No podía deshacerse de su imagen. Susana era la que había hecho posible que ni el tiempo ni el espacio importaran en su relación.

Susana dejó de sentir el suelo y a lo lejos se encontró con la puerta de una habitación desconocida. Su pecho estaba encima de algo que nunca había sentido y dejó de respirar pensando en que Alberto la iba a ayudar a subir.

Ahí estaba recostada en una pequeña cama que le habían hecho especialmente para que no se diera cuenta de que estaban llorando por ella. Elena nunca se imaginó la falta que le iba hacer Susana. Desde entonces había tenido que llorar a solas y soportar en silencio el ruido que los recuerdos producen cuando no les hace caso. Había ido hasta donde creyó que estaba, pero nunca la encon-

tró. Cada vez le llevaba un ramillo de claveles y se los dejaba en algún sitio en el que creía que iría a pasar. Era lo menos que podía hacer. La extrañaba y se convenció de que tenía prohibido hablar con ella. Pero no era eso lo que la desesperaba sino el modo como su lengua se le pegaba al paladar cada vez que quería decir su nombre y que aun con todas las letras que sabía no podía bajar acompañada de Alberto hasta donde había perdido el miedo de estar sola. Así es la muerte y no como se la había imaginado aunque reconoció que era efectivamente, como le habían dicho todos, de un tono muy oscuro.

Desde la muerte de Susana, Elena recorrió distintos lugares. En el primero, unos niños gritaban al bajar la colina y en lo alto se levantaba una torre que ella nunca quiso subir. Recordó que durante ese año la sombra de una negra ala la protegió de los hermanos gemelos que no dejaban de hacerle caras. El segundo año lo pasó en un lugar lleno de árboles morados y cercado por un río rojo. En aquel entonces un ángel con su espada ordenó que se detuvieran las cosas. Fue el sitio más silencioso de todos y por el que en las mañanas caminaba sin ningún propósito. Ahí aprendió que la paciencia es la virtud más valiosa porque es la que permite reconocer las voces cuando la llaman. Nada de esto tenía que ver con los colores del río ni de los árboles pero se conformó con ver que todo lo demás cabía perfectamente. Al tercer sitio llegó rompiendo las ramas que le impedían el paso hasta donde le esperaba un ciervo blanco detrás de un pozo blanco. Desde ahí escuchó una voz que le rogaba que levantara los ojos y buscara una pequeña capilla en donde la luz gris se encuentra con el aire verde. Tuvo que levantar las manos para que no la sorprendieran tomando las cosas que no eran suyas. Ese lugar tenía tan poco que ver con ella, pero había comprendido que no se puede conseguir todo lo que uno quiere y menos si ha dejado de creer en el poder de los corazones.

El cuarto año lo pasó en un lugar en donde el cuervo muere de hambre y el venado espera pacientemente el disparo de la escopeta. Apenas hay espacio para saltar sobre el blando cielo. La luna fría y la luna caliente desmoronan los muros que la protegen. La sombra del orgullo sobre el camino por donde se pasea en silencio. En el largo paso no hay modo de recuperar los territorios ocupados, pero fue donde Elena por fin dejó de sentir el dolor de la muerte de Susana. En este último sitio todo se apagará como el canto de los gorriones que se esquivan entre las ramas y Elena llegará a soportar el peso de vivir sin la compañía de Susana.

Cuando se cumplieron cinco años el cielo se movió hacia la izquierda de donde se alcanzaron a oír algunas palabras incomprensibles que salían de una gran boca abierta. Elena se arrodilló y se puso a rezar en voz baja mientras una luz empezó a brillar sobre su cabeza. Había aprendido qué era la muerte por lo que desde entonces había preferido el silencio que queda entre las cosas dejadas a un lado a los suspiros que se alcanzan a oír en el otro. De ahí Alberto la llamó para pedirle que viniera a des-

pedirse. Al bajar por la escalera vio a Susana suspendida en el aire. Sólo su mano apoyada en el barandal la detenía a este mundo. Nunca la había visto así, con esa tenue luz que iluminaba el rostro y que hacía más delicados sus movimientos. Siempre conservó esa imagen de Susana bajando la escalera, una serie de líneas continuas que caían a la misma velocidad que una cascada o como una mariposa que escondida entre el follaje nos sorprende al moverse súbitamente. Había cambiado de un día a otro, no era la misma aunque todavía tuviera esa inmovilidad del cuerpo que Alberto le había obligado a conservar.

Paris, 1985

